

EL CERRITO DE DOÑA JULIA



Hace muchos años, alrededor de un cerrito había muchas milpas y algunas casas. En aquel tiempo, estuvieron a punto de derribar el cerrito, pero algo extraño ocurrió y las personas que querían destruirlo, no lo hicieron y eso fue que vieron una serpiente con plumas.

En una de aquellas casas, vivía una familia que tenía una hija que se llamaba Julia. Julia, como lo habitual, iba al cerrito. Una noche muy oscura en que Julia estaba junto al cerrito vio algo que brillaba y se asustó. Desde entonces ella ya no quería volver al cerrito. Su mamá le decía que, hace muchos más años, toda la aldea donde estaba su casa era un cementerio y que el cerrito era la tumba de un ancestro.

Llegó un tiempo en que hubo una gran sequía y había pocos empleos y mucha hambre. La gente se enfermaba y se moría. Doña Julia, que ya era una mujer casada, se acercó al cerrito y miró una cosa que brillaba. No daba crédito a sus ojos, había encontrado oro. Esos días en su casa pudieron comer.

A pesar de la necesidad, Doña Julia no se atrevía a ir al cerrito. Se acordaba de las historias que contaba su mamá, que le decía: Ese cerrito es la tumba de un ancestro. Es la tumba de Tecún Umám, que murió ahí en una batalla con Pedro de Alvarado, donde el quetzal se manchó su pechito de rojo de la sangre del héroe nacional, por eso no se puede destruir el cerrito. También le decía: No se puede destruir el cerrito porque los árboles del cerrito son refugio para las aves; garzas, gavilanes y águilas. Ahí también en las noches cuando canta un tecolote, si es viejo, muere un anciano, y si es joven, muere un muchacho. También vive ahí una serpiente muy vieja, de más de trescientos

años, que tiene cara de persona, bigotes y plumas y cuando alguien se acerca, se esconde en su agujero. Tal vez esa serpiente es Guqumatz y guarda ahí sus tesoros. En las noches oscuras de luna nueva, anda alrededor del cerrito una luz roja. Es la del guardián del cerrito. Es el cadejo.

Doña Julia se acordaba de estas cosas y no quería acercarse al cerrito. Un día su hijo se enfermó y, en la noche, Doña Julia miró otra vez la luz roja, dando vueltas al cerrito. En la mañana, se acercó al cerrito y encontró otras monedas de oro. Pudo comprar así las medicinas para su hijo.

Aunque Doña Julia tenía un poco de miedo, el cerrito, cuando había una necesidad, le daba un poquito de su oro y así salía del apuro. Por eso nadie se ocupó nunca más de destruir el cerrito.

Este cuento lo escribieron, en Urbina-Cantel,
en el mes de abril de 2012, las siguientes señoritas:

María Celeste Ascencio Díaz
Cindy Batz Puac
Viviana Gudiel Gómez
Miguelina López Jiguan
Cata Tambriz López
Jocelyne y Carla Valdéz



CARLA



CATA



CELESTE



CINDY



JOELYNE



MIGUELINA



VIVIANA

